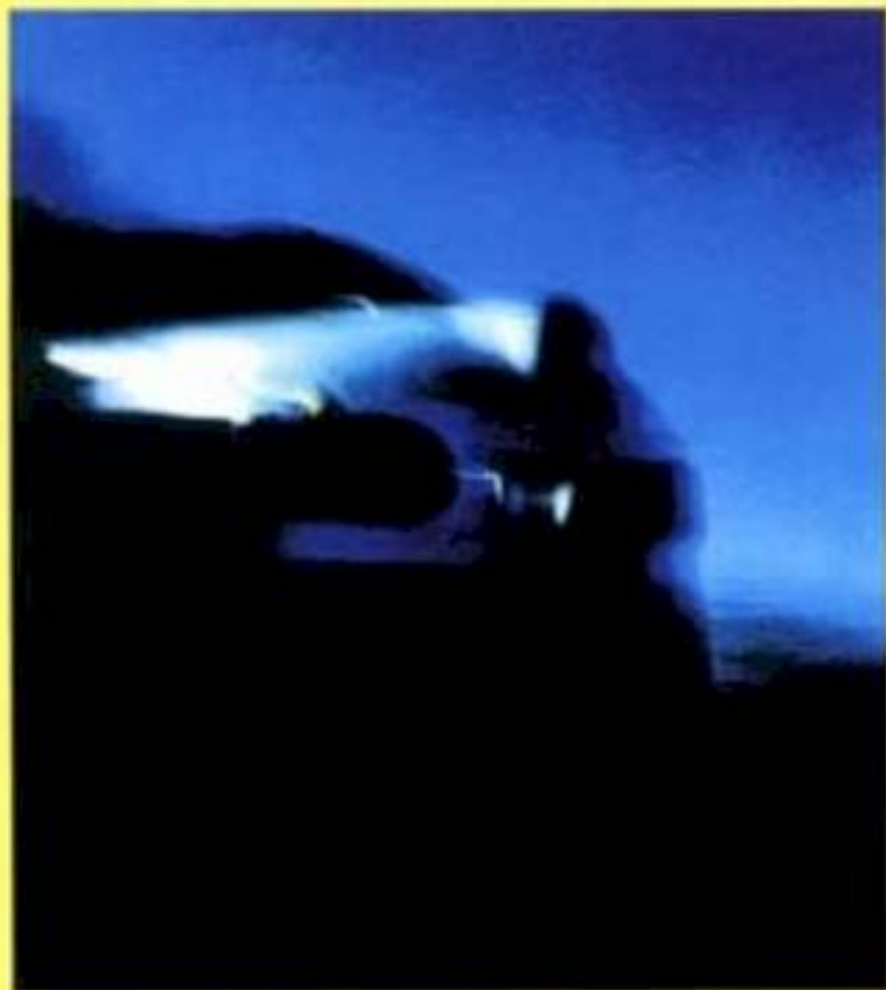


MARTIN AMIS

Tren nocturno



Mike Hoolihan, detective del departamento de homicidios, es una mujer muy especial: voz varonil, no demasiado agraciada físicamente, aficionada al Johnny Walker, fumadora, sarcástica, pesimista, malhablada y con una visión algo desencantada de las relaciones humanas y de los hombres (siempre se ha enamorado de la persona equivocada). Es una de las mejores policías del cuerpo, con una especial habilidad para resolver los casos de asesinato más complicados. Acaba de resolver su último caso y se dispone a relatarnos los detalles del mismo: la investigación del supuesto suicidio —para ella, se trata en realidad de un homicidio— de Jennifer Rockwell, la hija Trader, de uno de los agentes más importantes del departamento por quien Mike siente un afecto especial. Por este motivo, pondrá especial empeño en descubrir al asesino de la joven.

Para Saul y Janis

Primera parte
Retroceso

Soy poli. Tal vez suene a una declaración poco frecuente, o a una manera poco usual de expresarlo. Pero es una forma de decirlo que tenemos. Entre nosotros nunca diríamos soy policía —hombre o mujer— o soy un detective de la policía. Así que soy poli y mi nombre es Mike Hoolihan, detective Mike Hoolihan. Y además soy una mujer.

Lo que me dispongo a ofrecer aquí es el relato del peor caso que me ha tocado resolver en toda mi carrera. El peor caso para mí, se entiende. Cuando eres poli, «peor» es un término muy elástico. No se puede fijar muy bien cuál es su alcance. Sus fronteras se ensanchan un día sí y otro también. «¿Peor?», diríamos enseguida. «No existe tal cosa, no existe *peor*.» Pero para la detective Mike Hoolihan éste fue el peor caso.

En el CID^[1], sito en el centro de ciudad, con sus tres mil funcionarios, hay muchos departamentos y subdepartamentos, secciones y unidades cuyos nombres están siempre cambiando: Crimen Organizado, Crímenes Mayores, Crímenes Contra las Personas, Delitos Sexuales, Robo de Automóviles, Detección de Fraudes, Confiscación de Activos, Servicio de Inteligencia, Narcóticos, Secuestros, Robo con Fractura, Robo a Mano Armada... y Homicidios. Hay una puerta de cristal en la que se lee «Vicio». No hay ninguna puerta de cristal en la que ponga «Pecado». La ciudad es la Ofensa. Nosotros somos la Defensa. A grandes rasgos, ésa es la idea.

He aquí mis credenciales: a los dieciocho años me matriculé en un máster en Administración de Justicia Penal en la Pete Brown. Pero lo que a mí me gustaba en realidad eran las calles. Y no podía esperar. Me examiné para agente motorizado del estado, para la patrulla de fronteras e incluso para funcionario de prisiones. Lo aprobé todo. Y también pasé el examen de ingreso en la policía. Dejé Pete Brown y entré en la Academia.

Empecé haciendo rondas en la Zona Sur. Formaba parte de la Unidad de Estabilización Vecinal de la Cuarenta y cuatro. Hacíamos rondas a pie y turnos de radiopatrulla. Luego, durante cinco años, estuve en la Unidad de Atracos a Ciudadanos de la Tercera Edad. Un tiempo en el servicio Pre-Acción —señuelos y encerronas— fue mi pasaporte para la ropa de paisano. Luego otro examen y me enviaron al centro urbano, con mi placa. Ahora estoy destinada en Confiscación de Activos, pero durante ocho años estuve en Homicidios. Investigaba muertes violentas. Era una poli de Homicidios.

Unas palabras sobre mi aspecto. Sobre el físico, que heredé de mi madre. Adelantada a su tiempo, mi madre tenía ese aspecto que hoy se asocia a las feministas muy politizadas. Podría haber hecho el papel de villano varón en una *road movie* posnuclear. También heredé su voz, una voz que se había vuelto más y más grave tras tres décadas de abuso nicotínico. Las facciones las heredé de mi padre. Son más rurales que urbanas: planas, desdibujadas... Tengo el pelo rubio teñido. Nací y crecí en esta ciudad, en Moon Park. Pero todo se fue al garete cuando tenía diez años, y a partir de entonces fui educada por el estado. No sé dónde están mis padres. Mido uno setenta y ocho y peso ochenta y un kilos.

Hay quien dice que nada se puede comparar a la adrenalina (y el dinero sucio) de Narcóticos, y todos están de

acuerdo en que Secuestros es una gran broma (si el homicidio en Norteamérica es en gran medida cosa de negros, el secuestro es en gran medida cosa de bandas), y Delitos Sexuales tiene sus seguidores, y Antivicio sus devotos, e Inteligencia significa exactamente eso (Inteligencia trabaja en lo soterrado, y saca a tierra firme a los malhechores de las simas de alta mar), pero todos somos perfectamente conscientes de que Homicidios es el departamento rey. Homicidios es el que se lleva todos los aplausos.

En esta ciudad norteamericana de segundo orden, moderadamente afamada por su Torre de Babel financiada por los japoneses, sus puertos mercantiles y deportivos, su universidad, sus empresas de aliento futurista (*software* informático, industrias aeroespacial y farmacéutica), su alta tasa de paro y la catastrófica fuga de los contribuyentes de los barrios céntricos, la policía de Homicidios se ocupa aproximadamente de una docena de muertes al año. A veces eres un investigador a cargo del caso, y a veces juegas un papel secundario. A mí me ha tocado ocuparme de un centenar de casos de homicidio. Mi porcentaje de casos resueltos es superior a la media. Sabía descifrar lo que veía en el escenario del crimen, y más de una vez se me ha descrito como una «interrogadora excepcional». Mis informes eran realmente notables. Cuando llegué al CID desde la Zona Sur todos pensaban que mis informes serían de «calidad de barrio». Pero se encontraron con que fueron de «calidad de centro urbano» desde el mismísimo principio. Y procuré mejorarlos aún más, y dediqué a ello todos mis esfuerzos. Una vez realicé un trabajo muy, muy competente, confrontando dos testimonios contrapuestos en un caso realmente delicado de homicidio en la Setenta y tres: un testigo/sospechoso frente a otro testigo/sospechoso. «Comparado con lo que me dais a leer vosotros, chicos...», dijo el sargento Henrik Overmars agitando mi informe ante las narices de la brigada en pleno, «a esto le llamo yo jodida oratoria. El jodido Cicerón frente a Robespierre.» Hice

mi trabajo lo mejor que pude hasta que llegué a ese punto en que uno no puede dar ya más de sí. En todos estos años me he visto envuelta de un modo u otro en unas mil muertes violentas, la mayoría de las cuales resultaron ser suicidios o accidentes, o sencillamente desdichados que no habían recibido el debido auxilio. Así que he visto de todo: tipos que saltan al vacío, que se tiran al mar, «zapatos de hormigón», desangrados, ahogados, destrozados, asfixiados, pasados de droga, reventados... He visto cuerpos de niños de un año brutalmente apaleados. He visto cuerpos de nonagenarios sometidos a bárbaras violaciones múltiples. He visto cuerpos que llevaban muertos tanto tiempo que lo único que se le ocurre a uno para determinar la hora de la muerte es medir el tamaño de los gusanos. Pero de todos los cuerpos que he visto en toda mi vida ninguno ha permanecido en mí, en lo más hondo de mis entrañas, como el cuerpo de Jennifer Rockwell.

Digo todo esto porque soy parte de la historia que me dispongo a contar, y siento la necesidad de empezar dando una cierta idea del lugar de donde vengo.

Hoy —uno de abril— considero el caso «resuelto». Cerrado. Concluido. *Archivado*. Pero la solución no hace más que apuntar a una mayor complejidad. He cogido un nudo fuerte y compacto y lo he dejado reducido a un amasijo de cabos sueltos. Esta tarde voy a ver a Paulie No. Y voy a hacerle dos preguntas. Y él me dará dos respuestas. Y se acabó. Este caso ha sido el peor de todos los casos. Y me pregunto: ¿Soy yo? Pero sé que tengo razón. Mi visión es la correcta. Es el caso. El culpable es el propio caso. Paulie No es —como solemos llamarlo— el «cortador» del estado. Corta los cuerpos para el estado. Disecciona los cuerpos de la gente y te dice cómo han muerto.

Permítanme disculparme por anticipado por mis palabras soeces, por mi sarcasmo morboso y mi intransigencia.

Todos los polis somos racistas. Forma parte de nuestro trabajo. La policía de Nueva York odia a los portorriqueños, la de Miami a los cubanos, la de Houston a los mexicanos, la de San Diego a los amerindios y la de Portland a los esquimales. Y aquí odiamos a todo el que no sea irlandés. O policía. Cualquiera puede llegar a ser poli —judíos, negros, asiáticos, mujeres...—, y en cuanto llegas a serlo entras a formar parte de una raza llamada «la policía» cuyos miembros tienen la obligación de odiar a los miembros de las demás razas.

Estos papeles y transcripciones han sido elaborados a retazos a lo largo de un período de cuatro semanas. Pido disculpas también por las posibles incorrecciones en los tiempos verbales (difíciles de evitar cuando se escribe de personas muertas tan recientemente), y por la informalidad de los diálogos. Y supongo que también pido disculpas por el desenlace. Lo siento. Lo siento, lo siento...

Para mí todo empezó la noche del cuatro de marzo, y luego fue evolucionando día a día, y esta parte de la historia la voy a relatar del modo siguiente:

4 de marzo

Aquella noche estaba sola. Mi compañero Tobe estaba de viaje, en no sé qué convención de informática. Yo ni siquiera había empezado a cenar. Estaba sentada con mi biografía para el Grupo de Debate abierta sobre el sofá, junto al cenicero. Eran las ocho y cuarto. Recuerdo bien la hora porque me acababa de despertar de una cabezada el tren nocturno, que pasaba temprano como todos los domingos. El tren nocturno que hace temblar el suelo de mi apartamento. Y permite que no me suban el alquiler.

Sonó el teléfono. Era Johnny Mac. Le llamamos así al sargento John Macatitch. Un colega en Homicidios que luego ha ascendido a supervisor de la brigada. Un gran tipo, y un poli de primera.

—¿Mike? —dijo—. Voy a tener que pedirte un favor muy gordo.

Y yo le dije: Venga, suéltalo.

—Algo muy feo, Mike. Quiero que me hagas una nota.

Una «nota» es una n.d.m., una notificación de muerte. Dicho de otro modo, quería que fuera a ver a determinada persona para comunicarle la muerte de alguien muy cercano a ella. Para notificarle que uno de sus seres queridos había muerto. Eso quedaba claro por el tono de su voz. Y que había muerto de forma repentina. Y violenta. Me quedé pensativa unos segundos. Podía haberle dicho: «Ya no hago esas cosas» (aunque de hecho el departamento de Confiscación de Activos tampoco está exento de algún que otro cadáver). Y entonces podíamos haber tenido una de esas conversaciones insulsas de la tele en las que él diría

«Tienes que ayudarme, Mike», y «Te lo ruego», y yo diría «Nada de eso» y «Ni hablar» y «Ni lo sueñes, colega», hasta que los dos nos moriríamos de aburrimiento y al final yo acabaría dando mi brazo a torcer. O sea, ¿por qué decir que no si tienes por fuerza que decir que sí? Para que las cosas marchen bien. Así que volví a decir: Bien, suéltalo.

—La hija del coronel Tom se acaba de suicidar.

—¿Jennifer? —Y acto seguido me salió espontáneamente—: ¡No me jodas...!

—Ojalá te estuviera jodiendo, Mike. Es la verdad. Tan horrible como eso.

—¿Cómo?

—Con una 22, en la boca.

Esperé un poco.

—Mike, quiero que se lo notifiques tú al coronel Tom. Y a Miriam. Ahora mismo.

Me encendí otro pitillo. Ya no bebo, pero fumar fumo como un carretero. Dije:

—Conozco a Jennifer Rockwell desde que era una cría de ocho años.

—Sí, Mike. ¿Lo ves? ¿Quién mejor que tú para hacerlo?

—De acuerdo. Pero vas a tener que llevarme tú al lugar de los hechos.

En el cuarto de baño me puse un poco de maquillaje. Como quien se somete a una penosa tarea. Después de barrer de un manotazo las cosas de una repisa. Con los labios apretados malévolamente. Antes valía algo, supongo, pero ahora no soy más que una rubia más, grande y madura.

Mecánicamente, sin pensarlo, cogí el cuaderno de notas, la linterna, los guantes de goma y la pipa del 38.

En la práctica policial te acostumbras pronto a lo que llamamos los suicidios «sí, ya». Son esos en los que entras por la puerta, ves el cuerpo, echas un vistazo al cuarto y di-

ces: «Sí, ya». Estaba claro que éste no era un suicidio «sí, ya». Conocía a Jennifer Rockwell desde que tenía ocho años. Era mi chiquilla preferida. Pero también era la preferida de todo el mundo. Y la vi crecer hasta convertirse en una especie de perfección turbadora. Brillante, bella. Sí, así era: extraordinariamente brillante, deslumbrantemente bella. Y nada «intimidadora», o sólo en la medida en que las mujeres brillantes y bellas no pueden evitar serlo, por muy accesibles que parezcan. Jennifer lo tenía todo. Todo. Más que todo. Su padre es poli. Sus hermanos —mucho mayores que ella— son polis. Están en el DP de Chicago, área Seis. Jennifer no era poli. Era astrofísica, y trabajaba aquí, en Mount Lee. ¿Hombres? Tenía que quitárselos de encima, y cuando estudiaba en la CSU salía con varios al mismo tiempo. Pero desde hacía..., Dios, no sé..., unos siete u ocho años vivía con un tipo tan brillante y atractivo como ella: Trader. El profesor Trader Faulkner. No, definitivamente no era un suicidio «sí, ya». Era un suicidio «no, en absoluto».

Johnny Mac y yo llegamos en el coche camuflado a Whitman Avenue. Chalets independientes y casas adosadas en una calle ancha y flanqueada de árboles: una zona dormitorio para docentes universitarios situada en la linde de la Veintisiete. Me bajé del coche con mis pantalones elásticos y mis zapatos bajos.

Había radiopatrullas y policías de la ronda de la zona, y dentro estaban el equipo científico y los peritos forenses, y Tony Silvera y Oltan O'Boye. Y algunos vecinos. Pero luego mirabas la escena con detenimiento y veías que las figuras uniformadas bullían bajo las luces de los coches patrulla, y comprendías que se disponían a dejar el campo libre de inmediato para atender otros asuntos más urgentes. Como cuando en la Zona Sur abrías el micro y decías que había un compañero en apuros. «En apuros», en algunos casos, quería decir jodido para siempre en alguna calleja, después de una persecución, o en el suelo de algún almacén, o dando

tumbos solo en alguna esquina de venta de droga ya desierta, con las dos manos sobre los ojos. Cuando alguien cercano a Homicidios empieza a dedicar tiempo fuera de horario a los asuntos de Homicidios, entran en funcionamiento unas normas especiales. Es algo «racial». Es un ataque a todos y cada uno de nosotros.

Me abrí paso enseñando la placa por el túnel de uniformes de la puerta principal, y dejé a la casera para el final (sería, probablemente, mi mejor testigo). La luna llena reflejaba a mi espalda los últimos rayos de sol. Ni siquiera los polis italianos se ponen sentimentales con la luna llena. Con la luna llena el trabajo aumenta de un veinticinco a un treinta por ciento. Una luna llena en viernes por la noche supone un par de horas de refuerzo en la sala de Emergencias, y largas colas de gente entrando y saliendo de la sala de Lesiones.

En la puerta del apartamento de Jennifer salió a recibirme Silvera. Silvera. Él y yo habíamos trabajado juntos en muchos casos. Habíamos estado así, codo con codo, en muchos hogares golpeados por la desgracia. Pero no exactamente como ahora.

—Dios, Mike...

—¿Dónde está?

—En el dormitorio.

—¿Has terminado? Espera, no me lo digas. Voy a entrar.

El dormitorio daba a la sala. Sabía el camino. Porque había estado ya en aquel apartamento quizá una docena de veces en media docena de años (para dejar algo para el coronel Tom, para llevar a Jennifer a un partido de béisbol o a una fiesta en la playa o a algún acto en la Jefatura del Departamento). A ella y, en un par de ocasiones, también a Trader. Nuestra relación era de ese tipo, una especie de amistad funcional, pero con muy buenas charlas durante el trayecto, en el coche. Y cuando crucé la sala de estar y me apoyé en la puerta del dormitorio me vino a la cabeza un recuerdo de un par de veranos atrás: en una fiesta que

Overmars daba para inaugurar su nuevo porche me encontré de pronto con la mirada de Jennifer, que sonreía por encima de la copa de vino blanco que llevaba haciendo durar toda la velada. (Todo el mundo estaba como una cuba, por supuesto; no sólo yo.) En aquella ocasión pensé que Jennifer era un ser realmente dotado para la felicidad. Se percibía en ella una gran gratitud. Yo habría necesitado un megatón de whisky escocés para arder así por dentro, pero a ella le había bastado media copa de vino para parecer enamorada. Entré en el cuarto y cerré la puerta a mi espalda.

Así es como lo haces. Das una vuelta por la escena, despacio. Primero la periferia. El cuerpo, lo último. Me refiero a que sabía dónde estaba el cuerpo. Mi radar dirigía mi atención hacia la cama, pero Jennifer se había matado en una silla. En un rincón, a mi derecha. Otros detalles: las cortinas medio echadas, filtrando la luz de la luna; el tocador perfectamente ordenado, las sábanas revueltas y un tenue olor a sexo en el aire. A los pies del cuerpo, una vieja funda de almohada manchada de negro y un spray de aceite lubricante.

He dicho ya que estoy acostumbrada a andar entre cadáveres. Pero cuando vi a Jennifer Rockwell desnuda e inerte en la silla, con la boca abierta y los ojos aún húmedos, con una expresión de infantil sorpresa en el semblante, me entró un sofoco en toda regla. Su sorpresa era leve, no intensa: como si hubiera encontrado algo que había perdido y no esperaba ya encontrar. Y no estaba totalmente desnuda. Oh, Dios. Se había matado con una toalla arrollada a la cabeza, como cuando te estás secando el pelo. Pero ahora, como es lógico, la toalla estaba empapada y solidificada y roja, y su peso parecía excesivo para cualquier cabeza femenina.

No, no la toqué. Me limité a tomar notas, y a trazar el croquis de la posición del cuerpo con gran esmero profesional, como si hubiera vuelto a Homicidios. El 22 estaba

del revés, casi caído hacia un lado, apoyado contra una pata de la silla. Antes de salir del cuarto apagué la luz durante unos segundos con la mano enguantada, y en la oscuridad vi sus ojos aún húmedos a la luz de la luna. Los «escenarios del crimen» los miras como si fueran adivinanzas. De esas que vienen en los periódicos y en las que hay que encontrar las diferencias. Y en aquél algo fallaba. El cuerpo de Jennifer era bello —nadie osaría anhelar un cuerpo como el suyo—, pero había algo en él que no cuadraba. Estaba muerto.

Silvera entró para recoger el arma y guardarla en una bolsa. Luego los técnicos del laboratorio criminalista tomarían las huellas al cadáver y medirían las distancias y sacarían montones de fotografías. Y luego vendrían los de la oficina del forense para llevársela. Y certificarían su defunción.

Todavía se sigue debatiendo sobre las mujeres policía. Sobre si son o no capaces de desempeñar este trabajo. O sobre durante cuántos años. Pero puede que sea cosa mía; puede que sea demasiado quisquillosa. En el Departamento de Policía de Nueva York, por ejemplo, el quince por ciento de la plantilla es femenino. Y en todo el país las mujeres policía siguen realizando un trabajo excelente y reconocido. Pero estoy pensando que debe de tratarse de un puñado de damas muy, muy excepcionales. Cuando estaba en Homicidios, multitud de veces me decía a mí misma: *Déjalo, chiquilla. Nadie te retiene. Déjalo.* Los homicidios son un trabajo de hombres. Los cometen los hombres, los hombres se ocupan de ellos, los resuelven, los llevan a juicio. Porque a los hombres les gusta la violencia. Las mujeres no cuentan demasiado en este asunto, salvo como víctimas, y como deudos de las víctimas, por supuesto, y como testigos. Diez o doce años atrás, durante la escalada armamentística que tuvo lugar hacia el final del primer mandato de Reagan, cuando la amenaza nuclear estaba en todas las